

EL GUAGUERO, VICTIMA INOCENTE.

Por Jorge Castellanos.

Hoy, ag 31/947

En una esquina, emboscada, una "perseguidora".

Pasa un automóvil de lujo—un chato y pulido carro de último modelo—. Velocidad: ochenta, noventa, cien kilómetros por hora. Los policías de la "perseguidora" se miran y sonríen.

—Paso de jicotea, suelta uno.

Los demás responden con una carcajada. Siguen pasando carros. De pronto, parece establecerse una competencia entre dos que se acercan. Cruzan, como flechas, frente a los "agentes de la autoridad".

—Chapa oficial, comenta uno de ellos.

—Siempre tienen prisa los de la chapa anaranjada...

La conversación para en seco. Es que se acerca la víctima propiciatoria...

¿Quién?

¿Hace falta decirlo?

Lo adivinaste, lector: una guagua...

Los emboscados saltan al asfalto. Hacen señas. La guagua, que viene a velocidad muy moderada, se detiene.

—¿Qué pasa?—indaga el chofer.

—Exceso de velocidad, mi viejo...

—Pero si yo venía a treinta.

—A treinta mil, cariduro...

Y se formó lo que criollamente llamamos —haciendo uso de las más selectas raíces latinas y helénicas— un "tremendo rollo". Del cual salió nuestro chofer con una acusación por exceso de velocidad y otra por "falta de respeto a la autoridad".

—Oh, comentó el guaguero, siempre la cogen con nosotros.

Y mirando al cielo, con los brazos en alto, agregó imitando a Jenofonte:

—¡Le zumba la carabina!

—oOo—

Una calle del Vedado. Un policía baja de una "perseguidora" y hace sonar con insistencia el claxon de una máquina instalada junto a la acera. El claxon raya la tarde soleada con su diamante sonoro.

De un tercer piso baja una voz:

—¿Qué diablos pasa?

—¡Ese auto es suyo?

—Sí, ¿por qué? Mire yo soy el doctor Zutano, jefe del Negociado X del Ministerio Z... Bajo en seguida...

Bajó. Y se entabló la más amistosa de las conversaciones entre el Zutano y los policías...

—No, doctor, que su auto está situada contra el tránsito.

Bueno, cuando salga esta tarde lo viraré...

—Está bien, doctor, perdone la molestia...

—No hay de qué.

La "perseguidora" se impulsó. Al llegar en la esquina dos patinazos, dos frenazos simultáneos. Ambos pararon en seco: la "perseguidora" y la guagua.

El "rollo" criollo surgió otra vez. Y el guaguero se llevó un reporte por "exceso de velocidad"...

—Pero si los que iban corriendo eran ellos...—comentó un ingenuo pasajero

—Así están las cosas en estos días de la cubanidad, amigo.

Era un guaguero con ciertas malévolas inclinaciones a las tentadoras disciplinas filosóficas...

—oOo—

Estos son dos episodios de la vida real. Contra los guagueros se ha desatado una ola de persecución oficial sin precedentes.

Cierto que no todos los policías actúan como los de estos dos relatos. Cierto que algunos agentes de la autoridad saben cumplir con su deber sin abusar de los poderes que la ley coloca en sus manos, sin ensañamientos, sin arbitrariedades.

Pero es verdad también que no faltan quienes hacen todo lo contrario, acusando a diestra y siniestra—en muchas ocasiones por faltas imaginarias—, a los humildes trabajadores del timón—tanto guagueros como choferes de alquiler—en busca de los premios que en la Jefatura se entregan a los que mayor número de reportes hagan al día.

Y, como si todo eso fuera poco, coincidiendo con la feroz persecución policiaca, la prensa reaccionaria ha desatado una turbia campaña que pretende llevar al ánimo del público que los únicos responsables de los accidentes de tránsito son los guagueros...

El señor Menelao Mora, presidente de la Cooperativa de Omnibus Aliados, por ejemplo, aprovecha la ocasión para arremeter contra las últimas importantes reivindicaciones alcanzadas por los trabajadores de Omnibus Aliados, bajo la dirección de su glorioso y combativo sindicato.

"El Mundo", órgano cuasi oficial de la Embajada norteamericana, y otros periódicos y estaciones radiales se han dedicado a inflar el globo del escándalo.

Y el Ministro de Gobernación, Cossío del Pino, dicta una Resolución según la cual todo chofer convicto de dos infracciones al Reglamento de Tránsito, por exceso de velocidad, será despojado de su cartera dactilar.

(¿No es todo eso suficiente para que un guaguero, con los ojos en el cielo y los brazos en alto, exclame junto con Diógenes y con Eurípides: —¡Le ronca el clarinete!?)

—oOo—

Pero los guagueros han hecho algo más que eso.

Han contestado las calumnias en un sereno documento, enriquecido por la razón y por una valiente autocrítica.

Han celebrado una nutrida asamblea, donde los problemas se han planteado al desnudo, al rojo vivo.

Dice el documento:

"El Sindicato de Empleados y Obreros de Omnibus Aliados, con la responsabilidad que siempre lo ha caracterizado, ha tratado, está tratando y tratará por todos los

medios a su alcance, de superar las condiciones de trabajo y las mejoras económicas de sus afiliados; por eliminar los accidentes, de los cuales somos nosotros las primeras víctimas, porque cuando no somos heridos o muertos en uno de ellos, si quedamos vivos e ilesos, vamos a presidio; por dar un mejor servicio al pueblo que nos favorece y por irradiar de nuestro seno a alguno que otro trabajador irresponsable que con su forma de trabajar, su actitud y su mal comportamiento, hace que la opinión

pública, muchas veces mal orientada, juzgue a todos los trabajadores de ómnibus por igual.

“Esto lo decimos con valentía y sin que nos duelan prendas, ya que somos los primeros en reconocer nuestros errores, pero al mismo tiempo también los primeros en tratar de superarnos, por cuyo motivo agradecemos a todos los ciudadanos honrados que nos critiquen en una manera constructiva y no destructiva, como a veces se hace, para ayudarnos a superar esta situación.”

Así hablan los guagueros. Con voz de trabajadores. Con toda la voz que tienen. Serenamente. Objetivamente. Limpiamente. Con respeto para el público y para ellos mismos. Con palabra enriquecida por la razón que les asiste y por la limpia auto-crítica de los que no le temen a la verdad.

—oO—

Excelente el documento.

¿Y la asamblea?

Sencillamente extraordinaria. Salpicada con la gracia y la transparente picardía del buen criollo. Saturada de espíritu de responsabilidad. Mordaz a ratos. Indignada en ocasiones. Repleta de aplausos, de vítores, de vibrante entusiasmo. Con explosiones de carcajadas y oleadas cóieras sólo refrenadas por la disciplina.

Una asamblea de guagueros: algo repleto de vida, de sentimiento, de fuerza humana, de honda raíz proletaria.

Sobre el “problema de los accidentes, Resolución del Ministro de Gobernación y acusaciones de Menelao Mora, presidente de la empresa” —así reza el segundo punto de la orden del día— habla Rafael Avila, Secretario de Organización del Sindicato.

“La Resolución de Gobernación, responsabilizando a los choferes de ómnibus con los accidentes de tránsito, contempla un aspecto parcial del problema” —dice—. Y agrega: “Este es un problema complejo en el cual intervienen diversos factores, todos responsables, aunque unos en mayor grado que otros...”

“¿Por qué hay accidentes?” —se pregunta, y responde:

“Se nos quiere echar toda la culpa. Eso es injusto. No eudimos la parte de responsabilidad que nos toque. A su corrección y eliminación debe orientarse la política educacional del Sindicato y el esfuerzo personal de cada trabajador por superarse”.

“Pero la responsabilidad más profunda y perturbadora está en otra parte. Está en...”

Y empezó Avila a enumerar...

Nosotros vamos a tratar de transformar sus razones en imágenes gráficas. Horacio, con su lápiz mágico, será ayuda insuperable.

Comencemos:

Está usted, amigo lector, parado en una esquina. Espera su “ruta”. Una guagua avanza, resopante, rugiente, rechinante. Busca usted con ansia el numerito en la parte superior del vehículo. Es “la suya”. Hace las señas de rigor. La guagua para...

Pero ¿de qué está hecha esta guagua? ¿De lata, de acero, de carne? ¿De carne parece, sí señor!

Racimos de hombres, mujeres y niños

cuelgan de todas partes. Una señora, con tres niños encima, empuja como tanque, tratando abrirse paso para bajar. Y cuando ella lo logra, usted, por un hueco inverosímil, se cuele en el vehículo, dispuesto a todo: al apretujón, a la asfixia, a la decapitación.

El ómnibus se pone en movimiento. Y si en medio del traqueteo, de la bulla, del calor, del pisotón escalofriante, del codazo en la costilla y el “pasito alante” tiene usted tiempo, genio y beatífica serenidad para pensar en algo podrá recordar las palabras veraces del Sindicato de Omnibus Aliados:

“Tenemos que realizar nuestro trabajo en carros que tienen tamberas para ómnibus de 18 pasajeros, y sin embargo, soportan carrocerías de 30, 32 y 34 pasajeros. Y esto sin contar con el exceso de pasaje que siempre llevan encima, lo que constituye una verdadera invitación al accidente...”

Y ahora, por una porfía, lector amigo, ¿quién tiene la culpa de esta situación, los obreros —que no hacen sino ganarse honestamente el sustento— o los patronos que son los dueños de las guaguas?

Ya lo decía José Pozo, de la ruta 32, en la asamblea: “Nosotros estamos cubriendo nuestro itinerario con 18 carros. Antes teníamos 50 ó 60. El mismo trayecto. Más público. ¡Menos carros! ¡Y se nos multa por exceso de pasaje! ¡Y si no paramos cuando el ómnibus va atestado el público la toma con nosotros! ¿Somos los culpables o lo es la empresa?”

La asamblea en pleno, contestó: ¡¡La empresa!!

Y la asamblea decía la verdad.

—oO—

Va usted casi instalado en un asiento de la guagua. (Casi... La dama que está sentada a su lado pesa por lo menos media tonelada).

El carro, como la vieja carreta del poema, rechina, rechina, rechina...

Un auto asoma veloz en una bocacalle. El chofer del ómnibus hunde los frenos. Pero la guagua sigue, como si nada. Un golpetazo. Gritos. Imprecaciones. Y usted, ahora sentado en el piso, se palpa el cuerpo buscándose el hueso roto. Afortunadamente, milagrosamente, no ha habido desgracias personales que lamentar...

Pero el policía que se ha acercado al luchar del hecho le notifica al guaguero:

—Estás acusado por imprudencia...

—Es que los frenos no funcionan como es debido...



TRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

—No hay frenos que valgan. Imprudentia...

Y usted, una vez pasado el susto, recordará seguramente el alegato del Sindicato de Omnibus Aliados:

“Somos verdaderos héroes, ya que tenemos que desarrollar nuestra labor en ómnibus casi inservibles, maltrechos, destartados, mecánicamente deficientes en su inmensa mayoría. Carros que en el 93 por ciento de los casos no tienen frenos de emergencia; las direcciones son sencilas; los chasis, aun cuando sean nuevos —en su mayoría son viejos, remendados e injertados sin ninguna técnica— son chasis para camiones y no para ómnibus

preparados científicamente para cargar tonelada y media de peso y a pesar de ello se le monta encima una carrocería que vacía ella solamente, pesa cuatro toneladas. A la casi totalidad de los ómnibus tipo tran-bus que se están utilizando hay que picarle su eje delantero, agregarle un pedazo, soldarlo simplemente para poderlo adaptar, constituyendo esto por sí sólo, una grave amenaza y un peligro constante para la vida de los pasajeros que tienen que utilizarlos”.

¿Quiénes son, entonces, los verdaderos responsables de los accidentes?

Los guagüeros lo han dicho: “Nosotros afirmamos que es la Empresa principalmente, y quienes le toleran que tenga este material circulando”.

La opinión pública ha dictado su veredicto:

“Esa es la verdad”.

Y ya se sabe: “La voz del pueblo es la suprema ley”.

—oO—

Conclusión:

Ya se sabe dónde está la responsabilidad. Los guagüeros están haciendo todos los esfuerzos imaginables por eliminar el pequeño tanto por ciento que pueda corresponderle en ella. Pero la persecución policíaca sigue, con ensañamiento, con alevosía.

Hora es ya de que se ponga fin a estos incalificables abusos.

Porque todo tiene su límite, inclusive la paciencia de la clase obrera.

Y en Cuba nadie ignora que los guagüeros saben hacer algo más —mucho más— que levantar los brazos, mirar al cielo y plagiar a Alfonso el Sabio exclamando:

—¡Le zumba la malanga!

*Handwritten signature and date: 3/47*